

dida infalible, y entonces los jugadores iban á tomarlo de las manos heladas de aquel anciano sin dirigirle siquiera una palabra, sin hacerle una señal de amistad. El préstamo de su bastón era como una servidumbre á que se avenía negativamente. Cuando caía un chaparrón, permanecía al lado de la bolita, esclavo de las bochas y guardián de la partida comenzada. Ni la lluvia ni el buen tiempo le sorprendían, y, igual que los jugadores, era una especie de intermediario entre el parisiense que tiene menos inteligencia y el animal que no tiene ninguna. Por otra parte, pálido y ajado, sin cuidarse de él propio, distraído, iba á veces sin nada en la cabeza enseñando sus cabellos canosos y su cráneo cuadrado, amarillo, pelado, semejante á la rodilla que sale del pantalón desgarrado de un pobre. Permanecía con la boca abierta, sus miradas no decían nada, su paso era inseguro, no sonreía nunca, no levantaba nunca los ojos al cielo y los mantenía habitualmente fijos en la tierra y parecía buscar siempre algo en ésta. A las cuatro, una anciana iba á buscarle para llevarle no se sabe á donde, arrastrándole á remolque por el brazo, cual se tira del ramal de una cabra caprichosa que quiere seguir ramoneando cuando ya es hora de volver al establo. La presencia de aquel anciano tenía algo de horrible.

Por la tarde, Julio solo, en una calesa de viaje rápidamente arrastrada por la calle del Este, desembocó en la explanada del Observatorio, en el momento en que aquel anciano prestaba su bastón en medio de las voces de algunos jugadores pacíficamente irritados. Julio creyendo reconocer aquella cara, quiso detenerse, y no tuvo que decirle nada al cochero, porque precisamente el coche se detuvo. En efecto, el postillón tenía demasiado respeto á las multitudes y tuvo que pedir paso á los jugadores de bochas.

—¡Es él! dijo Julio reconociendo en fin en aquel despojo humano á Ferragus XIII, el jefe de los Devorantes. ¡Cuánto la quería! añadió después de una pausa.

Y enseguida gritó:

—¡Adelante, postillón!

Paris, febrero de 1853.

EPISODIO SEGUNDO

LA DUQUESA DE LANGEAIS

A Frantz Litz.

En una villa española situada en una isla del Mediterraneo, existe un convento de carmelitas descalzas donde la regla de la orden instituida por Santa Teresa se ha conservado en el rigor primitivo de la reforma debida á esta ilustre mujer. Este hecho es verdadero, por extraordinario que pueda parecer. Aunque las casas religiosas de la península y del continente hayan sido destruidas ó disueltas casi todas por los chispazos de la Revolución francesa y las guerras napoleónicas, como esta isla ha sido constantemente protegida por la marina inglesa, su rico convento y sus apacibles habitantes han quedado al abrigo de las turbaciones y de las expoliaciones generales. Las tempestades de todo género que agotaron los quince primeros años del siglo XIX se estrellaron pues, contra aquella roca, poco distante de las costas de Andalucía. Si el nombre del emperador llegó hasta aquella playa, es dudoso que su fantástico cortejo de gloria y las deslumbrantes majestades de su vida meteórica hayan sido comprendidas por las santas muchachas encerradas en aquel claustro. Una rigidez conventual que no había sido alterada por nada, recomendaba aquel asilo á todas las memorias del mundo católico; así es que la pureza de su regla llevó allí desde los puntos más distantes de Europa á tristes mujeres cuya alma despojada de todos los lazos humanos, suspiraba por aquel largo suicidio realizado en el seno de Dios. Por otra parte, ningún convento era más favorable para el divorcio completo con las cosas de aquí abajo exigido

por la vida religiosa. Sin embargo, se ven en el continente un gran número de esas casas magníficamente construidas y apropiadas para su destino. Algunas están sepultadas en el fondo de los valles más solitarios, otras ocupan la cima de las montañas más escarpadas ó el borde de los precipicios; el hombre ha buscado en todas partes las poesías de lo infinito, el solemne horror del silencio, y en todas partes ha querido aproximarse lo más posible á Dios. Ha buscado las cimas, el fondo de los abismos y el borde de los precipicios, y los ha encontrado en todas partes. Pero en ninguna como en aquella roca europea y medio africana podían encontrarse armonías tan diferentes que concurriesen todas á elevar el alma, á igualar las impresiones más dolorosas, á entibiar las más vivas, á buscar para las penas de la vida un profundo lecho. Aquel monasterio ha sido construido en el extremo de la isla, en el punto culminante de la roca que por un efecto de la gran revolución del globo, está cortada á pico sobre el mar presentando sus vivas aristas ligeramente rozadas á la altura del agua, pero infranqueables. Aquella roca está protegida de todo ataque por peligrosos escollos que se prolongan á lo lejos y entre los cuales se mece el brillante Mediterráneo. Es preciso, pues, estar en alta mar para ver los cuatro cuerpos del edificio cuadrado, cuya forma, altura y aberturas han sido minuciosamente prescritos por las leyes monásticas. Del lado de la villa, la iglesia oculta por completo las sólidas construcciones del claustro, cuyos tejados están cubiertos con grandes baldosas de pizarra que los hacen invulnerables para el viento, para las tormentas y para la acción del sol. La iglesia, debida á las liberalidades de una familia española, corona la villa, y su elegante y atrevida fachada da un magnífico aspecto á aquella pequeña ciudad marítima. ¿No es un espectáculo impregnado de todas nuestras sublimidades terrestres el aspecto de una villa cuyos tejados mudos, dispuestos casi en forma de anfiteatro ante un bonito puerto, están rematados por una magnífica torre gótica? La religión dominando la vida y ofreciendo sin cesar á los hombres el fin y los medios: ¡imágen puramente española! Figuraos este paisaje en medio del Mediterráneo bajo un sol ardiente, acompañado de algunas palmeras y de varios árboles pequeños, ved las franjas del mar blanqueando los arrecifes y oponiéndose al azul zafiro de las aguas; admirad las gale-

rias y las terrazas construidas en lo alto de cada casa, á donde sus habitantes van á respirar el aire de las noches entre las flores y entre las cimas de los árboles de sus jardinitos. Después, en el puerto, algunas velas. Finalmente, en medio de la serenidad de una noche que comienza, escuchad la música de los órganos, el canto de los oficios y los admirables sonidos de las campanas en plena mar. En todas partes ruido y calma; pero más frecuentemente calma. Interiormente la iglesia se dividía en tres naves sombrías y misteriosas. Como la furia de los vientos hubiese prohibido tal vez al arquitecto el construir lateralmente esos arbotantes que adornan casi todas las catedrales y entre los cuales suelen construirse capillas, los muros que franqueaban las dos navecitas y sostenían el edificio no proyectaban ninguna luz. Aquellas fuertes paredes ofrecían en el exterior la vista de sus masas grisáceas apoyadas de trecho en trecho en enormes contrafuertes. La gran nave y sus dos pequeñas galerías laterales estaban, pues, iluminadas únicamente por la rosa con vidrios de colores practicada con milagroso arte sobre la puerta del atrio cuya exposición favorable había permitido el lujo de los encajes de piedra y de las bellezas propias del orden llamado impropriamente gótico. La mayor porción de estas tres naves estaba destinada á los habitantes de la villa que iban allí á oír misa y á los oficios. Delante del coro había una reja tras la cual colgaba una cortina con numerosos pliegues ligeramente entreabierta por el medio, de modo que no permitiese ver más que al oficiante y el altar. La reja estaba separada á intervalos iguales por pilares que sostenían una tribuna interior y los órganos. Esta construcción, en armonía con los adornos de la iglesia, figuraba exteriormente en madera esculpida las columnitas de las galerías soportadas por los pilares de la gran nave. A un curioso bastante atrevido para montar en la estrecha balaustrada de aquellas galerías le hubiese sido imposible ver otra cosa del coro que las largas ventanas octogonales que se veían á intervalos iguales en torno del altar mayor.

Quando la expedición francesa hecha á España para restablecer la autoridad de Fernando VII, después de la toma de Cadiz, un general francés llegado á aquella isla para hacer reconocer el gobierno real, prolongó su permanencia en ella con objeto de ver aquel convento, y encontró un medio de introducirse en él. La empresa era ciertamente delicada;

pero un hombre apasionado, un hombre cuya vida no había sido más que una serie de poesías en acción y que siempre había hecho novelas en lugar de escribirlas, un hombre de acción sobre todo, debía ser tentado por una cosa imposible en apariencia. ¿Abrirse legalmente las puertas de un convento de mujeres? El papa ó el arzobispo metropolitano apenas lo hubiesen permitido. Caso de indiscreción, de emplear la astucia ó la fuerza, ¿no era perder su profesión y toda su fortuna militar y no conseguir su objeto? El duque de Angulema estaba aun en España, y de todas las faltas que podía cometer impunemente un hombre amado por el generalísimo, ésta era la única que él no habría perdonado. El general francés había solicitado su traslado á aquella isla á fin de satisfacer una secreta curiosidad, aunque jamás curiosidad alguna fué más desesperante. Aquella última tentativa era un negocio de conciencia. La casa de aquellas carmelitas era el único convento español que se había podido librar de sus investigaciones. Durante la travesía, que no duró una hora, brotó en su alma un presentimiento favorable para sus esperanzas. Aunque no hubiese visto más que las paredes del convento, aunque no hubiese percibido siquiera el hábito de aquellas religiosas, aunque no hubiese escuchado más que el canto de la Liturgia, encontró entre aquellas paredes y en aquellos cantos, ligeros indicios que justificaron su débil esperanza. En fin, por ligeras que fuesen las sospechas tan extravagantemente despertadas, nunca pasión humana fué más violentamente interesada como lo fué entonces la curiosidad del general. Pero para el corazón no hay acontecimientos pequeños, lo agranda todo y pone en la misma balanza la caída de un Imperio de catorce años y la caída de un guante de mujer, resultando que casi siempre pesa más el guante que el Imperio. Ahora bien he aquí los hechos con toda su sencillez. Después de los hechos vendrán las emociones.

Una hora después de haber abordado el general á la isla, la autoridad real quedó allí establecida. Algunos españoles constitucionales que se habían refugiado allí después de la toma de Cadiz, se embarcaron en un buque que el general les permitió fletar para marcharse á Londres. No hubo, pues, resistencia ni reacción. Aquella pequeña restauración insular no podía celebrarse sin una misa á la que tuvieron que asistir las dos compañías que formaban la expedición.

Ahora bien, no conociendo el rigor de las Carmelitas descalzas, el general había esperado poder obtener en la iglesia algunos informes acerca de las religiosas encerradas en el convento, una de las cuales le era más cara que la vida y más preciosa que el honor. En un principio sus esperanzas quedaron cruelmente frustradas. A decir verdad, la misa fué celebrada con pompa. En favor de la solemnidad, las cortinas que ocultaban habitualmente el coro fueron abiertas y se permitió ver sus riquezas, sus preciosos cuadros y sus urnas cargadas de pedrerías cuyo brillo eclipsaba el de los numerosos exvotos de oro y de plata dejados por los marinos de aquel puerto en los pinares de la gran nave. Las religiosas se habían refugiado todas en la tribuna del órgano. Sin embargo, no obstante esta circunstancia, durante la misa de acción de gracias, se desarrolló el drama más secretamente interesante que jamás haya hecho latir el corazón de un hombre. La hermana que tocaba el órgano causó tan vivo entusiasmo, que ninguno de los militares sintió haber ido al oficio. Hasta los soldados encontraron allí un placer, y todos los oficiales quedaron maravillados. Respecto al general, permaneció tranquilo y frío en apariencia. Las sensaciones que le causaron los diferentes trozos ejecutados por la religiosa pertenecen al escaso número de cosas cuya expresión está prohibida á la palabra y la hace impotente, pero que semejantes á la muerte, á Dios y á la eternidad, sólo pueden apreciarse por el ligero punto de contacto que tienen con los hombres. Por una rara casualidad, la música de los órganos parecía pertenecer á la escuela de Rossini, ese compositor que ha transportado más pasión humana al arte musical y cuyas obras inspiraron algún día un respeto homérico por su número y por su extensión. De las partituras debidas á este hermoso genio, la religiosa parecía haber estudiado particularmente la del *Mose*, sin duda porque el sentimiento de la música sagrada se encuentra expresado en ella en su más alto grado. Tal vez estos dos espíritus, el uno tan gloriosamente europeo, y el otro desconocido, habían coincidido en la intuición de una misma poesía. Esta era la opinión de dos oficiales, verdaderos *dilettanti* que sin duda echaban de menos en España el teatro Favard. En fin, en el *Te Deum* fué imposible dejar de reconocer una alma francesa en el carácter que tomó entonces la música. El triunfo del rey cristiano exci-

taba evidentemente el goce más vivo en el fondo del corazón de aquella francesa. Indudablemente aquella monja era francesa. Muy pronto, el sentimiento de la patria estalló y brotó como una chispa de luz en una de las réplicas de órgano en la que la hermana introdujo motivos que respiraron toda la delicadeza del gusto parisiense y en la que se oyeron vagamente los pensamientos de nuestros aires nacionales más hermosos. Manos españolas no hubiesen comunicado al gracioso homenaje hecho á las armas victoriosas el calor que acabó por descubrir el origen de la ejecutante.

—¿De modo que encuentra uno á Francia en todas partes? dijo un soldado.

El general había salido durante el *Te Deum*, porque le habría sido imposible escucharlo. Aquella música le denunciaba á una mujer amada con embriaguez que se había sepultado tan profundamente en el corazón de la religión y se había ocultado tan cuidadosamente á las miradas del mundo, que había escapado hasta entonces á las obstinadas investigaciones diestramente hechas por hombres que disponían de un gran poder y de una inteligencia superior. La sospecha nacida en el corazón del general quedó casi justificada con un vago recuerdo de un aire delicioso de melancolía, el aire del *Río Tajo*, romanza francesa cuyo preludio lo había oído tocar en un gabinete de París á la persona á quien amaba y del que aquella religiosa acababa de servirse para expresar en medio del goce de los triunfantes las penas de una desterrada. ¡Terrible sensación! Esperar la resurrección de un amor perdido, encontrarlo perdido aun y entreverlo misteriosamente después de cinco años durante los cuales la pasión se había irritado en el vacío y había crecido con la inutilidad de las tentativas hechas para satisfacerla.

¿Quién, en su vida una vez al menos, no lo ha revuelto todo en su casa, sus papeles, sus cajones, y no ha aguzado con impaciencia su memoria buscando un objeto precioso, y no ha sentido después el placer de encontrarlo al cabo de un día ó dos consumido en vanas investigaciones, después de haber esperado y desesperado de encontrarlo y después haber gastado las irritaciones más vivas del alma por aquel nada importante, que era para él una pasión? Pues bien, prolongad esta especie de rabia á cinco años, colocad una mujer, un lugar, un corazón, en lugar de ese nada, trans-

portad la pasión á las regiones más elevadas del sentimiento, y luego suponed un hombre ardiente, un hombre con corazón y cara de león, uno de esos hombres como Elena que imponen y comunican un respectivo temor á los que se encaran con ellos, y entonces comprenderéis la brusca salida del general durante el *Te Deum*, en el momento en que vibró bajo la nave de aquella iglesia marina el preludio de una romanza que el había escuchado antaño con delicia.

El general bajó la montuosa calle que conducía á aquella iglesia, y no se detuvo hasta el momento en que los graves sonidos del órgano dejaron de llegar á su oído. Incapaz de pensar en nada que no fuese su amor, cuya volcánica erupción le abrasaba el corazón, el militar francés no notó el final del *Te Deum* hasta el momento en que la concurrencia española empezó á abandonar la iglesia. Entonces comprendió que su conducta y su actitud podían parecer ridículos y volvió á ocupar su sitio poniéndose al frente del cortejo y diciéndoles al alcalde y al gobernador de la villa que una repentina indisposición le había obligado á ir á tomar el aire. Luego, á fin de poder permanecer en la isla, pensó de pronto en sacar partido de este pretexto, dado al principio sin pensar que le podría ser tan provechoso. Objetando la agravación de su indisposición, se negó á presidir la comida ofrecida por las autoridades similares á los oficiales franceses, se metió en la cama é hizo que escribiesen al general anunciándole la pasajera enfermedad que le obligaba á entregar á un coronel el mando de las tropas. Esta estucia tan vulgar, pero tan natural, le dejó libre de todo cuidado durante el tiempo necesario para el cumplimiento de sus proyectos. Como hombre esencialmente católico y monárquico, se informó de la hora de los oficios y fingió el mayor apego á las prácticas religiosas, piedad ésta que en España no debía sorprender á nadie.

Al día siguiente mismo, durante la marcha de sus soldados, el general se trasladó al convento para asistir á las vísperas y encontró la iglesia desierta, pues los habitantes á pesar de su devoción, habían ido á ver al puerto el embarque de las tropas. El francés, contento de hallarse solo en la iglesia, tuvo el buen cuidado de hacer resonar sus espuelas bajo aquellas bóvedas sonoras, hizo mucho ruido al andar, tosió y se habló en voz alta á sí mismo para hacer saber á las religiosas, y sobre todo á la música, que si los

franceses se iban al menos quedaba allí uno. ¿Fue entendido ó comprendido este singular aviso?.. El general creyó que sí. En el *Magnificat*, los órganos parecieron darle una respuesta que le fué llevada por la vibración del aire. El alma de la religiosa voló hacia él en alas de sus notas: la música estalló en todo su poder dando calor á la iglesia. Aquel canto de alegría consagrado por la sublime liturgia de la cristiandad romana para expresar la exaltación del alma en presencia de los esplendores del Dios siempre vivo, pasó á ser la expresión de un corazón casi asustado de su dicha al verse en presencia de los esplendores de un amor perecedero que duraba aun é iba á agitarla más allá de la tumba religiosa, donde se sepultan las mujeres para resucitar siendo esposas de Cristo.

El órgano es indudablemente el instrumento más grande, más audaz y más magnífico creado por el genio humano. Es una orquesta entera que puede expresarlo todo y á la que una mano hábil puede pedirselo todo. ¿No es, en cierto modo, un pedestal sobre el que el alma se posa para lanzarse á los espacios cuando en su vuelo intenta trazar mil cuadros, describir la vida y recorrer el infinito que separa el cielo de la tierra? Cuanto más escucha un poeta sus gigantescas armonías, mejor concibe que las cien voces de aquel coro terrestre son las únicas que pueden colmar las distancias entre los hombres arrodillados y el Dios escondido por los relumbrantes rayos del santuario. Mejor comprende que es el único intérprete que puede transmitir al cielo las plegarias humanas con toda la omnipotencia de sus módulos, con la diversidad de sus melancolías, con los tintes de sus meditativos éxtasis, con los chispazos impetuosos de todos los arrepentimientos y las mil fantasías de todas las creencias. Sí, bajo aquellas vastas bóvedas, las melodías engendradas por el genio de las cosas santas encuentran las inauditas grandezas con que se adornan y se fortifican. Allí la semclaridad, el silencio profundo, los cantos que alternan con el trueno de los órganos, forman á Dios una especie de velo á través del cual irradian sus luminosos atributos. Todas estas riquezas sagradas parecieron ser arrojadas como un grano de incienso sobre el frágil altar del amor en presencia del trono eterno de un Dios celoso y vengador. En efecto, el goce de la religiosa no tuvo ese carácter de grandeza y de gravedad que debe armonizarse con las solemnidades del

Magnificat: sino que la hermana le comunicó ricos y graciosos desarrollos, cuyos diferentes ritmos acusaban una alegría humana. Sus motivos tuvieron la brillantéz de los gorgoritos de una cantante que procura expresar el amor, y sus cantos gorjearon como el pájaro al lado de suembra. Luego, había momentos en que se transportaba al pasado para loquear y llorar alternativamente. Su variable estilo tenía algo de desordenado, como la agitación de la mujer feliz por la vuelta de su amante. Después de las flexibles fugas del delirio y de los maravillosos efectos de aquel fantástico agradecimiento, el alma, que hablaba así, dió una vuelta sobre sí misma. La música, pasando del mayor al menor, supo dar á conocer á su auditorio, su situación presente. De pronto, le contó sus largas melancolías y le descubrió su lenta enfermedad moral. Cada día había abolido algún sentido, cada noche había ahuyentado algún pensamiento; poco á poco había reducido su corazón á cenizas. Tras algunas suaves ondulaciones, su música tomó de tinte en tinte un color de profunda tristeza. A poco, los ecos denotaron las penas á torrentes y finalmente, de pronto, las notas altas hicieron nacer un concierto de voces angelicales como para anunciar el amante perdido, pero no olvidado, que la reunión de las dos almas tendría lugar ya en los cielos: ¡conmovedora esperanza! Vino después el *Amen*. Y aquí ya no hubo alegría ni lágrimas, melancolía ni pesares. El *Amen* fué una vuelta á Dios; aquel último acorde fué grave, solemne, terrible. La música desplegó todos los crespones de la religiosa, y después de los últimos gruñidos de los bajos, que hicieron temblar á los auditores erizándoles los cabellos, pareció haberse sepultado en la tumba de donde habían salido por un momento. Cuando los aires cesaron por grado en sus vibraciones oscilatorias, hubieseis dicho que la iglesia, iluminada hasta entonces, quedaba en una profunda obscuridad.

El general había sido llevado rápidamente por el curso de aquel vigoroso genio y le había seguido por las regiones que le había hecho recorrer. Comprendía en toda su extensión todas las imágenes que encerraba aquella ardiente sinfonía, y para él aquellos acordes querían decir mucho. Para él, como para la hermana, aquel poema era el porvenir, el presente y el pasado. La música, aunque sea la del teatro, ¿no es para las almas tiernas y poéticas y para los corazos

nes enfermos y heridos un texto que interpretan á placer de sus recuerdos? Si se necesita tener corazón de poeta para ser músico, ¿no se necesita poesía y amor para comprender las grandes obras musicales? ¿No son la religión, el amor y la música la triple expresión de un mismo hecho, la necesidad de expansión que siente toda alma noble? Estas tres poesías van todas á Dios, que desata todas las emociones terrestres; así es que esta santa trinidad humana participa de las grandezas infinitas de Dios, al que no nos figuramos nunca sin rodearlo de los fuegos del amor y con los sistros de oro de la música, con luz y armonía. ¿No es el principio y fin de nuestras obras?

El francés adivinó que en aquel desierto, en aquella casa rodeada por el mar, la religiosa se había entregado á la música para procurarse un desahogo al exceso de pasión que la devoraba. ¿Era aquello un homenaje hecho al dios de su amor, ó era el triunfo del amor sobre Dios? Cuestiones difíciles de decidir. Pero lo que el general no pudo dudar fué que aquel corazón muerto para el mundo no encerrase una pasión tan ardiente como la suya. Acabadas las vísperas, volvió á casa del alcalde, donde estaba alojado. Impresionado en un principio por los mil goces que prodiga una satisfacción mucho tiempo esperada y penosamente buscada, no vió nada más allá. Seguía siendo amado á su parecer. La soledad había aumentado el amor en aquel corazón, como lo habían aumentado en el suyo las barreras sucesivamente franqueadas y vueltas á poner por aquella mujer entre ella y él. Este desahogo del alma tuvo su duración natural; pero después vino el deseo de volver á ver á aquella mujer, de disputársela á Dios, de arrebatársela, proyecto temerario que enamoró á aquel hombre audaz. Después de cenar, se acostó para evitar preguntas, para estar solo, para poder pensar sin ser distraído, y permaneció sumido en las más profundas meditaciones hasta el día siguiente por la mañana. No se levantó hasta la hora de ir á misa, pero á esta hora acudió á la iglesia, colocándose cerca de la reja, de manera que su frente tocaba la cortina: Bien hubiera querido desgarrar ésta; pero no estaba solo, un huésped le acompañaba, por cortesía, y la menor imprudencia podría comprometer el porvenir de su pasión destruyendo sus nuevas esperanzas. Los órganos empezaron á sonar, pero no eran tocados por las mismas manos. La mú-

sica de los dos días precedentes no era la que movía las teclas. Todo estuvo triste y frío para el general. ¿Estaba su amada agobiada por las mismas emociones que casi hacían sucumbir á un vigoroso corazón de hombre? ¿Habría comprendido y compartido tan bien un amor fiel y deseado, que podría estar moribunda en su celda? En el momento en que mil reflexiones de este género ocupaban la mente del francés, oyó resonar á un lado la voz de la persona á quien adoraba y la reconoció por su claro timbre. Aquella voz ligeramente alterada por un temblor que le comunicaba todas las gracias que da á los jóvenes su púdica timidez, sobresalía sobre el conjunto del canto, como la de una *prima donna* en la armonía de un final. Le hacía al alma el efecto que produce á los ojos un hilo de plata y de oro en un friso obscuro. Era ella indudablemente. Siempre parisense, no se había despojado de su coquetería, á pesar de haber abandonado el lujo del mundo por la dura estameña de las carmelitas. Después de haber conformado su amor la víspera en medio en las alabanzas dirigidas al Señor, parecía decir á su amante:

—Sí, soy yo, estoy aquí; y sigo amando; pero estoy al abrigo del amor. Me oirás, mi alma te rodeará; pero permaneceré en este coro, del que ningún poder logrará sacarme. Ya no me verás más.

—¡Es ella, es ella! se dijo el general separando sus manos de la frente.

En efecto, había apoyado la frente en las manos porque cuando aquella voz conocida subió acompañada del murmullo de las olas, no pudo soportar la anonadadora emoción que embargó su corazón cual un torbellino. La tormenta estaba afuera, y la calma en el santuario. Aquella voz tan rica continuaba desplegando todos sus mimos, llegaba como un bálsamo al corazón abrasado de aquel amante, florecía en el aire. El alcalde fué á unirse á su huésped y le encontró llorando al alzar á Dios, que fué cantado por la religiosa. Sorprendido de ver tanta devoción en un militar francés, el alcalde había invitado á cenar al confesor del convento y se lo había dicho al general, el cual no pudo oír noticia que más le agradase. Durante la cena el confesor fué objeto de las atenciones del francés, cuyo interesado respeto confirmó á los españoles en la alta opinión que habían formado de su piedad. El general preguntó gravemente el

número de las religiosas y mil detalles acerca de las rentas del convento y sus riquezas, como hombre que parecía querer dar gusto al anciano sacerdote hablándole de las cosas de que más se ocupaba. Después se informó de la vida que hacían aquellas santas mujeres. ¿Solían salir? ¿Se las veía alguna vez?

—Señor, dijo el venerable eclesiástico, la regla es severa. Si se necesita un permiso de nuestro Santo Padre para que una mujer vaya á una casa de san Bruno, aquí existe el mismo rigor. Un hombre no puede entrar en un convento de carmelitas descalzas á no ser que sea sacerdote y esté nombrado por el arzobispo para el servicio de la casa. Ninguna religiosa sale. Sin embargo, la GRAN SANTA (la madre Teresa) salía alguna vez de su celda. El confesor ó la madre superiora, con autorización del arzobispo, son los únicos que pueden permitir que una religiosa vea á extranjeros, sobre todo en caso de enfermedad. Yo soy el confesor, y tenemos como es consiguiente, una madre superiora en el convento. Entre otras extranjeras, tenemos una francesa, la hermana Teresa, la que dirige la música de la capilla.

—¡Ah! respondió el general fingiendo sorpresa, debe haberse alegrado mucho del triunfo de las armas de la casa de Borbón.

—Sí, yo les dije el objeto de la música, porque siempre son un poco curiosas.

—Pero la madre Teresa puede tener intereses en Francia y tal vez desearía saber alguna cosa de allá, pedir noticias.

—No lo creo, porque se habría dirigido á mí para lograrlo.

—En su calidad de compatriota, me gustaría verla, dijo el general. Si esto fuera posible, si la superiora consintiese...

—En la reja, y aun en presencia de la reverenda madre, sería imposible una entrevista para mucha gente; pero como favor especial á un libertador del trono católico y de la santa religión, á pesar de la rigidez de la madre, la regla puede dormir un momento, dijo el confesor guiñando los ojos.

—¿Y qué edad tiene la hermana Teresa? preguntó el amante, que no se atrevió á interrogar al sacerdote acerca de la belleza de la religiosa.

—Ya no tiene edad, respondió el buen hombre con una sencillez que hizo temblar al general.

Al día siguiente por la mañana, antes de la siesta, el confesor fué á anunciar al francés que la hermana Teresa y la madre consentían en recibirle á la reja del locutorio antes de la hora de las vísperas. Después de la siesta, durante la que el general devoró el tiempo yendo á pasearse por el puerto á pesar del calor del sol del mediodía, el sacerdote fué á buscarle, lo introdujo en el convento y le guió por una galería contigua al cementerio, en la que algunas fuentes y algunos árboles mantenían una frescura que estaba en armonía con el silencio del lugar. Llegados al extremo de aquella larga galería, el sacerdote hizo entrar á su compañero en una sala dividida en dos partes por una reja cubierta con una cortina oscura. En la parte que podríamos decir pública, donde el confesor dejó al general, había á lo largo de la pared un banco de madera, y cerca de la reja algunas sillas. El techo estaba compuesto de salientes vigas de encina verde sin ningún adorno. La claridad no llegaba á aquella sala más que por ventanas situadas en la parte correspondiente á las religiosas; de modo que esta débil luz, mal reflejada por una madera oscura, apenas bastaba para iluminar al gran Cristo negro, el retrato de santa Teresa y un cuadro de la Virgen que decoraban las paredes gruesas del locutorio. A pesar de su violencia, los sentimientos del general tomaron, pues, un color melancólico, calmándose en medio de aquella calma doméstica. Alguna cosa grande como la tumba acudió á su mente bajo aquellos frescos techos. ¿No había allí su silencio eterno, su paz profunda y sus ideas de lo infinito? Además, la quietud y el pensamiento fijo del claustro, aquel pensamiento que se desliza en el aire, en el claro obscuro y que por no estar trazado en ninguna parte es aun agrandado por la imaginación, esta gran frase: *La paz en el Señor*, entra allí á la fuerza en el alma menos religiosa. Los conventos de hombres apenas se conciben; el hombre parece allí débil, habiendo nacido para obrar y para llevar una vida de trabajo á la que se sustrae en su celda. Pero en un monasterio de mujeres ¡cuánto valor viril y conmovedora debilidad! Un hombre puede ser llevado por mil sentimientos al fondo de una abadía, sumiéndose en ella como en el fondo de un precipicio; pero la mujer no va allí nunca más que arrastrada por un solo sentimiento: no se desnaturaliza, se casa con Dios. Podéis decir á los religiosos: ¿Por qué no habéis

luchado? Pero la reclusión de una mujer ¿no es siempre una lucha sublime? En fin, el general encontró aquel locutorio mudo y aquel convento perdido en el mar. El amor rara vez llega á la solemnidad; pero el amor fiel aun al seno de Dios, ¿no era algo solemne, sobre todo en el siglo XIX, dadas las costumbres que corren? Las grandezas infinitas de aquella situación podían impresionar el alma del general, que era precisamente bastante educada para olvidar la política, los honores, España y el mundo de París, y elevarse hasta la altura de aquel desenlace grandioso. Por otra parte, ¿hay nada más verdaderamente trágico? ¡Cuántos sentimientos en la situación de los dos amantes solos reunidos en medio del mar en un banco de granito, pero separados por una idea, por una barrera infranqueable! Ved al hombre diciéndose: ¿Triunfaré yo de Dios en ese corazón? Un ligero ruido hizo temblar á aquel hombre, la cortina obscura se descorrió y después vió en la luz á una mujer de pie, pero cuyo rostro permanecía invisible para él, á causa de la prolongación del velo doblado sobre su cabeza; según la regla de la casa, iba vestida con aquel hábito cuyo color se ha hecho proverbial. El general no pudo ver los pies desnudos de la religiosa, que le hubiesen hecho ver su espantosa delgadez; sin embargo, á pesar de los numerosos pliegues del grosero hábito que cubría á aquella mujer, el militar adivinó que las lágrimas, la oración, la pasión y la vida solitaria la habían disecado ya.

La mano helada de una mujer, la de la superiora sin duda, descorría aún la cortina, y habiendo examinado el general á la testigo necesaria de aquella entrevista, se encontró con la mirada profunda de una anciana religiosa casi centenaria, mirada animada y joven que desmentía las numerosas arrugas que surcaban el pálido rostro de aquella mujer.

—Señora duquesa, preguntó con voz muy emocionada á la religiosa, que bajaba la cabeza, ¿entiende su compañera el francés?

—Aquí no hay ninguna duquesa, respondió la religiosa. Está usted delante de la hermana Teresa. Esa mujer á quien llama usted mi compañera es mi madre ante Dios, mi superiora aquí abajo.

Estas palabras pronunciadas tan humildemente por la voz que antes se armonizaba con el lujo y la elegancia en

medio de los cuales había vivido aquella mujer, reina de la moda en París, por una boca cuyo lenguaje era antaño tan ligero, tan burlón, hirieron al general como un rayo.

—Mi santa madre no habla más que el latín y el español, añadió.

—Yo no sé ninguno de los dos. Mi querida Antoniera, dígame que me dispense.

Al oír su nombre dulcemente pronunciado por un hombre tan duro antaño para ella, la religiosa experimentó una viva emoción interior que dejaron escapar los ligeros estremecimientos de su velo, sobre el cual caía de lleno la luz.

—Hermano mío, dijo llevándose una manga sobre su velo acaso para enjugarse los ojos, me llamo la hermana Teresa...

Después se volvió hacia la superiora y le dijo en español estas palabras, que el general comprendió perfectamente, pues sabía bastante el español para comprenderlo, y tal vez para hablarlo también.

—Mi querida madre, este caballero le ofrece sus respetos y le ruega que le dispense no poder ponerlos á sus pies; pero no sabe ninguna de las dos lenguas que usted habla...

La anciana inclinó la cabeza lentamente y su fisonomía tomó una expresión de angelical dulzura, realzada no obstante por el sentimiento de su poder y de su dignidad.

—¿Conoces á este caballero? le preguntó la madre superiora dirigiéndole una mirada penetrante.

—Sí, madre mía.

—¡Entra en tu celda, hija mía! dijo la superiora imperiosamente.

El general se ocultó vivamente tras la cortina, para no dejar adivinar en su cara las terribles emociones que le agitaban; y en la sombra, creía ver aun los ojos penetrantes de la superiora. Esta mujer, dueña de la frágil y pasajera felicidad cuya conquista costaba tantos cuidados, le había causado miedo, y temblaba, él á quien no asustaban una triple hilera de cañones. La duquesa se encaminó hacia la puerta, pero se volvió y dijo á la superiora con voz horriblemente tranquila:

—Madre mía, este francés es uno de mis hermanos.

—¡Quédate, pues, hija mía! respondió la anciana después de una pausa.

Este admirable jesuitismo acusaba tanto amor y tantos pesares, que un hombre de organización menos fuerte que

la del general se hubiera sentido desfallecer al experimentar placeres tan vivos en medio de peligros tan grandes, nuevos todos para él. ¡Qué valor deberían tener las palabras, las miradas y los gestos en una escena en que el amor debía escaparse á unos ojos de lince, á unas garras de tigre! La hermana Teresa volvió.

—Ya ve usted, hermano mío, lo que me atrevo á hacer para enterarme de su salud y decirle los votos que mi alma dirige todos los días para usted al cielo. Cometo un pecado mortal. He mentido. ¡Cuántos días de penitencia necesitaré para borrar esta mentira! pero esto será sufrir por usted. Usted no sabe, hermano mío, qué felicidad es amar en el cielo, poder confesarse una á sí misma sus sentimientos después que la religión los ha purificado y transportado á las regiones más elevadas, y, que nos es permitido no mirar más que el alma! Si los doctrinas, si el espíritu de la santa á la cual debemos este asilo, no me hubiesen llevado lejos de las miserias terrestres, lejos de la esfera donde ella está, pero ciertamente por encima del mundo, no le hubiese visto á usted. Pero puedo verle, oírle y permanecer á su lado tranquila.

—Pues bien, Antonieta, exclamó el general interrumpiéndola al oír estas palabras, haga usted que la vea, á usted á quien amo ahora con embriaguez, perdidamente, como ha querido usted ser amada por mí.

—No me llame Antonia, se lo suplico. Los recuerdos del pasado me dañan. No vea usted en mí más que á la hermana Teresa, á una criatura que confía en la misericordia divina. Y modérese usted, hermano mío, añadió después de una pausa. Nuestra madre nos separaría despiadadamente si su cara dejase adivinar pasiones mundanas, ó si sus ojos llorasen.

El general inclinó la cabeza como para concentrarse. Cuando levantó los ojos hacia la reja, vió entre dos barrotes el rostro adelgazado y pálido, pero ardiente aún, de la religiosa. La tez donde antaño florecían todos los encantos de la juventud, donde la feliz oposición de un blanco mate contrastaba con los colores de la flor de Bengala, había adquirido el tono colorado de una copa de porcelana dentro de la cual hay una débil luz. La hermosa cabellera de que estaba tan orgullosa aquella mujer, había sido cortada. Una banda ceñía su frente y envolvía su rostro. Sus ojos, rodeados de

una cinta azulada debida á las austeridades de aquella vida, lanzaban por momentos rayos febriles, y su calma habitual no era más que un velo. En fin, de aquella mujer no quedaba más que el alma.

—¡Ah! ¡abandonará usted esta tumba, usted que se ha convertido para mí en mi vida! Usted me pertenecía y no era libre de entregarse á nadie, ni aun á Dios. ¿No me ha prometido usted sacrificarlo todo á una orden mía? Ahora tal vez me encuentre usted digno de esa promesa, cuando sepa lo que he hecho por usted. La he buscado por el mundo entero. Desde hace cinco años pienso continuamente en usted, ocupa usted mi vida. Mis amigos, amigos muy poderosos como usted sabe, me han ayudado con todas sus fuerzas á escudriñar todos los conventos de Francia, de Italia, de España, de Sicilia y de América. Mi amor aumentaba en cada pesquisa inútil; he hecho frecuentemente largos viajes fiado en una falsa esperanza, he gastado mi vida y los latidos más fuertes de mi corazón al rededor de las paredes negras de muchos claustros. No le hablo de su fidelidad sin límites, porque eso no es nada comparado con los votos infinitos de mi amor. Si sus remordimientos de antaño han sido verdaderos, no debe usted dudar en seguirme hoy.

—Olvida usted que no soy libre.

—El duque ha muerto, respondió el general vivamente. La hermana Teresa se ruborizó.

—¡Que Dios le haya llamado á sí! dijo ella con viva emoción, ha sido generoso conmigo. Pero yo no hablaba de esos lazos, y una de mis faltas ha sido el querer romperlos sin escrúpulo por usted.

—Me habla usted de sus votos, exclamó el general frunciendo las cejas. No creía que hubiese nada que pudiese en su corazón más que mi amor. Pero no tenga usted cuidado, Antonieta, obtendré del papa un breve que desligará sus juramentos. Iré á Roma, imploraré á todas las potencias de la tierra; y si Dios pudiese bajar, le...

—No blasfeme usted.

—¡No se preocupe usted, pues, por Dios! ¡Ah! preferiría saber que franquearía usted por mí estos muros, que esta misma noche se arrojaría usted en un barco situado por bajo de las rocas. ¡Iríamos á ser felices no sé á donde, al fin del mundo! Y á mi lado volvería usted á la vida, recobraría la salud, bajo las alas del amor.

—No hable usted así, repuso la hermana Teresa, ignora usted en lo que se ha convertido para mí. Le amo á usted mejor que no le he amado nunca. Ruego á Dios todos los días por usted, y yo no le veo con los ojos del cuerpo. ¡Si conociese usted la dicha que encierra el poder entregarse una sin avergonzarse á una amistad pura que Dios proteja! Usted ignora lo feliz que soy llamando sobre usted las bendiciones del cielo. Nunca rezo para mí: Dios obrará conmigo según su voluntad. Pero quisiera, al precio de mi eternidad, tener alguna seguridad de que es usted feliz en este mundo, y que lo será también en el otro durante la consunción de los siglos. Mi vida eterna es todo lo que la desgracia me ha dejado que le ofreciese á usted. Ahora, el llanto me ha envejecido, no soy ni joven, ni hermosa; por otra parte, despreciaría usted á una religiosa convertida en mujer, y ningún sentimiento, ni el amor maternal, absolvería... ¿Qué me diría usted que contrabalancese las numerosas reflexiones acumuladas en mi corazón durante cinco años, y que lo han cambiado, arrugado, ajado? ¡Hubiese debido entaerárselo menos triste á Dios!

—¡Lo que diré, mi querida Antonieta, es que te amo! que el afecto, el amor, el amor verdadero, la felicidad de vivir en un corazón nuestro, completamente nuestro, sin reserva, es tan raro y tan difícil de encontrar, que he dudado de ti, que te he sometido á rudas pruebas; pero hoy te amo con todo el poder de mi alma, y si me sigues á mi retiro, no oiré más voz que la tuya, no veré otro rostro que el tuyo....

—¡Silencio, Armando! Abrevie usted el único instante durante el cual nos será permitido vernos aquí abajo.

—Antonieta, ¿quieres seguirme?

—Pero si no te dejo. Vivo en tu corazón, pero con un interés diferente del placer mundano, de la vanidad, del goce egoísta; vivo aquí por usted, pálida y ajada, en el seno de Dios. Si Él es justo, usted será feliz....

—¡Eso no son más que frases! ¿Y si yo te quiero pálida y ajada? ¿Y si yo no puedo ser feliz más que poseyéndote? ¿Sacarás á relucir siempre los deberes en presencia de tu amante? ¿No está, pues, nunca por encima de todo en tu corazón? Antonia, preferías la sociedad á él; hoy es Dios, es mi salvación. En la hermana Teresa reconocí siempre á la duquesa ignorante de los placeres del amor y siempre in-

sensible bajo las apariencias de la sensibilidad. Tú no me amas, ne me has amado nunca.

—¡Ah! hermano mío....

—¿Dices que amas mi alma y no quieres dejar esta tumba? Pues bien, la perderás para siempre esta alma, me mataré....

—¡Madre mía, gritó la hermana Teresa en español, la he engañado á usted, este hombre es mi amante!

Inmediatamente la cortina fué corrida. El general, alelado, apenas oyó las puertas interiores que se cerraban con violencia.

—¡Ah! ¡me ama aún! exclamó comprendiendo toda la sublimidad que encerraba el grito de la religiosa, hay que sacarla de aquí.

El general dejó la isla, volvió al cuartel general, alegó razones de salud, pidió licencia y se volvió inmediatamente á Francia.

He aquí ahora, la aventura que había determinado la situación respectiva en que se hallaban entonces los dos personajes de esta escena.

Lo que se llama en Francia el arrabal Saint Germain no es un barrio, ni una secta, ni una institución, ni nada que pueda expresarse con claridad. La plaza Real, el arrabal Saint Honoré y la calzada de Antin poseen igualmente palacios donde se respira el aire del arrabal Saint Germain; de modo que no todo el arrabal está ya en el arrabal. Personas nacidas muy lejos de su influencia pueden sentirla y agregarse á este mundo; mientras que otras que han nacido en ella pueden ser desterradas de ella para siempre. Las maneras, el hablar, en una palabra, la tradición arrabal Saint Germain es en París hace unos cuarenta años lo que era aquí antes la corte, lo que era el palacio de San Pablo en el siglo xiv, el Louvre en xv, el Palacio, el Hotel Rambouillet y la Plaza Real en el xvi, y después, Versailles en el xvii y xviii. En todas las fases de la historia, el París de la alta clase y de la nobleza ha tenido su centro como el París vulgar tendrá siempre el suyo. Esta singularidad periódica ofrece amplia materia para los que quieren observar ó describir las diferentes zonas sociales, y tal vez no deben buscarse sus causas únicamente para justificar el carácter de esta aventura, sino también para servir á graves intereses, más graves en el porvenir que en el presente, á no ser que